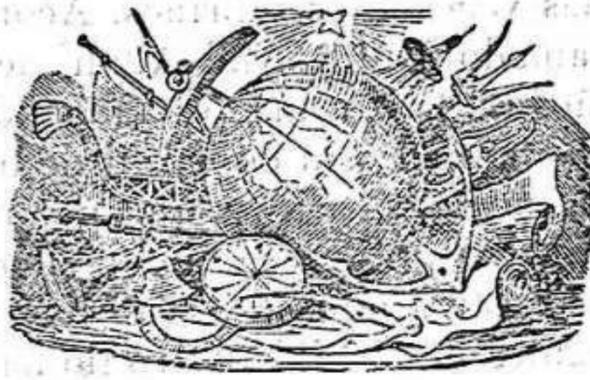


ALMAZENA
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 11 DE JULIO DE 1844.

Literatura.

En la obra que sobre el imperio de Marruecos está publicando D. Serafin E. Calderon, y con cuya lectura se despiertan mil consideraciones importantes sobre aquellos paises, muchos recuerdos de nuestras pasadas glorias, y no pocas cuestiones de sumo interes para la resolucion de las diferencias en que estamos empeñados al presente, nos ha llamado muy particularmente la atencion el relato de la jornada al Africa del rey D. Sebastian y de la batalla de Alcázar-Kibir, en la que murió tan valeroso monarca. Creemos que no desagradará á nuestros lectores el pasar los ojos por este trozo, que si es importante por la oportunidad, se deja leer mas agradablemente por el sabroso estilo con que sabe distinguir sus producciones el Sr. Calderon.

Dice asi:

De la jornada de Africa y batalla de Alcázar-Kibir, en donde se perdió al rey D. Sebastian, llamada tambien batalla de los tres reyes.

Quando en Africa cayó la dinastía de los benimerines, entraron á reinar los xerifes que se dicen descendientes de Mahoma por Fátima, su hija única, casada con Alí. Como no es nuestro intento detenernos ahora en la historia de

estas revueltas, solo diremos para conocimiento de las causas que motivaron la jornada del rey D. Sebastian, que los dos hermanos que fundaron esta dinastía de los xerifes, establecieron por ley que el mayor de los hijos de cualquiera de los dos hermanos que viviere á la muerte del rey, habia de suceder en el reino, y no los nietos; que era lo mismo que decir que los tios habian de preferir muchas veces á los sobrinos. Aconteció, pues, que el hijo del xerife Mahomad, llamado Muley-Abd-Allah, le sucedió en el trono; y despues de diez y siete años de feliz reinado, vino en declarar heredero de sus estados á su hijo Muley-Mahomad, sin embargo de tener vivos todavía varios hermanos, hijos del dicho xerife, su padre, que por razon del contrato debian heredar. En cuanto el príncipe jurado se vió en el poder, comenzó á perseguir á sus tios, haciendo matar á uno en Tremecen, y obligando á otro á refugiarse en las tribus errantes de la Libia. Otro tio llamado Abdel-Malek, vulgarmente llamado el Moluco, pudo escapar, refugiándose en tierra de turcos. Despues de varias fortunas en que siempre mostró valor y sagacidad, y despues de escapar en la naval, que venció don Juan de Austria, alcanzó del turco Vchali que le diese cinco mil genízaros bajo ciertas condiciones, todas en conocido detrimento de la España, pues una de ellas era el que los turcos pudieran tener galeras en Larache. Con este auxilio se dió tan buena maña, que en tres batallas derrotó y destronó á su sobrino, quedando en poco tiempo por señor de todo el Mogreb. El xerife destronado se vino primero al Peñon á pedir ayuda á Felipe II, y no hallando oidos, se vino para Ceuta, desde donde hizo los mismos oficios con el rey D. Sebastian, ofreciéndole la fortaleza de Larache, con otras cosas mas. El rey D. Sebastian que entonces se hallaba en lo mas florido de su juventud, animoso, de espíritu levantado, que ardia en deseos de señalarse como caballero y como soldado en guerras de infieles, acogió al rey destronado con toda cordialidad, y le prometió su apoyo y restaurarlo en sus estados. Aunque personas entendidas y experimentadas trataron de disuadirle de empresa tan arriesgada, todo fué en valde, y los preparativos de la armada comenzaron á hacerse. Todavía se alcanzó del jóven héroe que oyese los consejos de su tio el rey don Felipe, para lo cual pasó á tener vistas con él en el santuario de Guadalupe, siendo recibido por los pueblos del tránsito bajo palio, y tratado como rey propio y natural de España. La resolución de D. Sebastian era tan firme, que á pesar de las amonestaciones entendidas de su tio, persistió en su intento, dando algo de oidos solo á las indicaciones del duque de Alba, que aconsejaba el que la armada se contentase con alguna empresa en la costa apoderándose de Larache, sin internarse nunca en tierra adentro. Vuelto á Portugal don Sebastian, despedido cordial y cariñosamente por don Felipe, de quien recibió socorros cuantiosos de hombres y dineros, se aprestó con el mayor ardor para la jornada, desoyendo de nuevo los consejos de sus hombres de estado y de su tio el cardenal D. Enrique, que despues sucedió en el reino. Por lo pronto envió coroneles al ducado de Florencia para levantar gente de aquel estado; lo cual ofreciendo dificultades, resolvieron hacer su recluta entre tudescos. La armada y el ejército estuvieron prontos para la primavera de 1578, componiéndose de casi diez y siete mil hombres, en esta forma:

Portugueses en cuatro coronelias de á cada 2500 hombres.	10000
Un tercio de castellanos	2000
Un tercio de tudescos.	3000

Italianos	600
Y de nobles aventureros como	1300
	<hr/>
	16900

Los tercios portugueses los mandaban Vasco Silveira, Francisco Tabora, D. Miguel de Loroño y Diego Lopez Sequeira. D. Alonso de Aguilar mandaba los castellanos, Monsieur de Borgoña los alemanes, y el marques de Sterlin, ingles de nacion los italianos. Estos iban en una nave genovesa á dar favor á los católicos de Irlanda; y como por accidente de mar llegasen al puerto de Veras, cerca de Lisboa, en donde les vió maniobrar el rey, se enamoró tanto de ver su agilidad y destreza, que no paró hasta que los alistó en su expedicion, regalándolos espléndidamente, y prometiéndoles todo favor para que concluida la jornada prosiguiesen á su primer destino. A la gente noble aventurera la mandaba D. Cristóbal de Tabora, camarero y caballero mayor del rey, con quien privaba mucho. Además iban en compañía de don Sebastian todos los grandes, títulos y señores del reino, acompañados de criados y familiares suyos, y algunos prelados. El 17 de junio se bendijo con toda solemnidad el estandarte real que era blanco con la cruz roja de Cristo, entregándosele al alférez mayor D. Luis de Meneses. Concluida la funcion, en vez de caminar el rey para palacio, se dirigió á su galera, á donde se redujo por los ocho dias que aun faltaban para estar á punto la expedicion; tal era su noble impaciencia por verse en el término de sus deseos. Al fin en el 24 de junio zarpó la armada de Lisboa, compuesta de mil y mas velas, aunque fuera de la galera real, y de otras cinco que la acompañaban, y de cincuenta navíos armados, todo el demas barcaje eran urcas y otros vasos de comercio para el transporte. La armada tocó en Lagos, en el Algarbe, para recoger el tercio que habia levantado Francisco de Tabora, y al cabo de cuatro dias haciéndose á la mar llegaron á Cádiz, en donde se tomó alguna mas gente, deteniéndose aquí ocho dias, en los cuales fué D. Sebastian festejado por el duque de Medina, con ostentacion régia. Vuelto á la mar, y atravesando el estrecho, la armada llegó á Tánger, en donde desembarcó el rey para dar gobierno á algunas cosas, como fueron el sacar de aquel presidio los soldados viejos y ginetes fronterizos, dejando gente de la mas visosía, disponer que le siguiese el xerife Mahomad que le aguardaban allí con trescientos hombres, y que don Martin de Silva, acompañado del xerife Moley Xequé, hijo del xerife, fuese costeando hácia Mazagan para mover la tierra y allegar los partidarios de su padre. Gobernadas estas cosas, el rey don Sebastian partió en las galeras para Arcila, á donde ya le habia precedido el resto de la armada, siguiéndole por la costa el rey Mahomad con sus partidarios. La ciudad de Arcila, gobernada por un alcaide de los aficionados á este rey, la habia entregado al principio de las revueltas al gobernador de Tanger, y por eso de nuevo la ocupaban los portugueses. Don Sebastian hizo desembarcar el ejército acampándolo al abrigo de la fortaleza, y en estas y otras disposiciones, en dar alarmas falsas para ver cual era el continente de los soldados, y en tomar consejo sobre la ruta que debia seguirse, se pasaron lastimosamente diez y ocho dias, cuya tardanza fué gran parte en la pérdida de aquella jornada. Se decidió que el apoderarse de la fuerza de la Larache debia ser el principio de mayores cosas, pero los dictámenes estaban muy divididos sobre el camino que habia de seguirse. Los unos pretendian que debian irse por mar, entrando la armada por el rio Luccus, que baña la ciudad, desembarcando

allí la artillería y batiendo la plaza. Este parecer ofrecía la contra de que defendiendo la entrada de la barra, la fortaleza, siendo la costa brava, y habiendo la soldadesca que llevar el agua á la cinta para tomar tierra, era fácil por extremo el ser calados á fondo los barcos que llevasen la artillería y desbaratados los soldados, á medida que desembarcasen con los numerosos ginetes y gran arcabucería, que por parte del Moluco sostenian la ciudad, en donde mandaba su hermano Muley-Ahmed. Otro de los pareceres era el ir costeando el ejército la playa siempre á vista de la armada, y llegando al rio pasar la gente con los bateles á la otra parte, y luego embestir la plaza. Se contradijo esto, porque las cuatro leguas que separaban á Arcila de Larache, eran de ásperas montañas y muy ocasionadas á los rebatos de los moros, ademas de que en este caso tenian toda su fuerza las consideraciones que hacian desestimar el consejo de llevar el ejército en la armada, pues iguales eran los riesgos para pasar la barra. El otro medio propuesto era el meterse tierra adentro remontando el rio Luccas y vadearlo por encima de Larache. Fuertes contradicciones sufrió en el consejo este dictámen que era el mas acepto á los ojos del rey, porque mas pronto habia de ponerlo en el trance de pelear. Primeramente se dijo que la falta de mantenimientos habia de ser estremada, porque los moros recogian todo el ganado, y el pais estaba todo en armas, que se habia de perder toda comunicacion con la costa y la armada, y que la gente desmandada por buscar víveres habia de ser presa de las acometidas de los moros que no descansarian, por ser tantos, por traerla desvelada y cansada para combatir; ademas en que por este medio se ponía á grave riesgo la persona del rey, que era el consuelo y la salvacion de todos. Sin embargo de tan fuertes consideraciones se adoptó este parecer, que no fuera descaminado si la diligencia y la celeridad hubieran sido parte para no dejar perder 8 dias en Cádiz, y 18 en Arcila. Si tal hubiera sucedido, el rey Molucos que á principios de junio estaba en los últimos confines del imperio, y que al saber la llegada de la armada se encontraba en Marruecos á 120 leguas de la costa, no hubiera tenido tiempo para allegar sus gentes, y el ejército cristiano combatiera y tomara á Larache sin obstáculo. Con la tardanza, al contrario, tuvo tiempo el Moluco para venir al encuentro de los cristianos con todas sus fuerzas, y cuando se movió el ejército de Arcila ya se encontraba él poderosamente acampado en unos sitios cerca de Alcázar-Kibir, llamado el Tremecenal, con un ejército que ninguno de los historiadores de la época le hacen bajar de cien mil combatientes de toda gente y de diversas naciones, contándose muchos moros andaluces de los que allá pasaron desde Granada, no pocos renegados, y algunos genízaros de los que le habian ayudado á ganar el reino, toda gente hecha á las armas y muy diestra. El ejército cristiano movió pues de su campo de Arcila, y el primer alojamiento lo tomó á diez leguas de esta ciudad caminando en muy buen orden. En el tercer alojamiento llegó al real con alguna escolta Francisco de Aldana, gran soldado, y que antes de ahora habia tenido grandes pláticas sobre esta guerra con D. Sebastian, habiendo corrido disfrazado mucha parte del imperio de Marruecos para observar, tomar lenguas y adquirir noticias. Venia ahora con cartas de advertencia del duque de Alba, y con encargo de D. Felipe II de presentar á D. Sebastian el yelmo y las armas que vestia su abuelo Carlos V cuando la toma de Tenez. Este bravo y entendido castellano fué recibido con grande alborozo por el rey, quien lo mandó aposentar cerca de sí, nombrándole superintendente general del ejército, y que fuese obedecido como su persona, aun-

que en verdad no encontraba este capitán sino mala voluntad y desden de la gente portuguesa. El día 3 de agosto se avistaron los ejércitos en las grandes llanuras que dicen de Tamita, cerca de Alcázar-Kibir, por donde corre el grande río Mugasen. Venia el Moluco muy aquejado de la dolencia que lo acabó al siguiente día, nacida, dicen, de un tósigo que le habian suministrado algunos días ántes. Traido en unas andas adoseladas con lienzo y llevadas por esclavas, las dejó en cuanto se avistaron los cristianos, y montando á caballo para reparar cualquier turbacion que pudiera saltar á sus soldados, paseó todas las haces y escuadrones, ordenándolas como buen capitán, con ánimo esforzado, y presentó la batalla. El rey D. Sebastian tambien preparó su gente, manteniéndose firme en el campo por dos horas, lo cual visto por el Moluco, batallando con la muerte que tan cerca lo apremiaba, volvió á montar su caballo, é hizo alarde de sus fuerzas, como ofreciendo la pelea otra vez, pasando sus escuadrones por delante de los cristianos, y viniendo á acampar sobre la izquierda de estos, cerca del río Mugasen. El xerife en tanto, tendidas sus banderas delante de las haces cristianas, brindaba con ellas á los partidarios con que contaba en el campo contrario, pero ya sea por tibieza, desconfianza ó temor, lo cierto es que solo dos elches ó moros, descendientes de cristianos, fueron los que se le vinieron, cerrando la noche. El campo cristiano se miraba ventajosamente alojado en una eminencia, y asegurados los flancos con dos rios de difícil acceso, que inutilizaban las embestidas de la caballería enemiga, inmensamente superior á la nuestra. El xerife, que por los moriscos pasados era sabedor del apurado estado en que su tío estaba, se fué para D. Sebastian, y le manifestó cuan conveniente seria dilatar la batalla, dando lugar á que espirase el Moluco, lo cual dispersaria su campo, se dividiria en parcialidades, ó acaso le aclamarian á él mismo por sucesor. El rey sometió esta consideracion al consejo, que rennió aquella noche en su tienda, pero la falta de mantenimientos, que no daba treguas, hicieron desechar tal propuesta. Entónces D. Duarte de Meneses, que por ser muy práctico en aquella guerra gozaba de gran autoridad, propuso dar á los muros una encaminada aquella noche con los fronteros de Tánger, pues esta clase de empresas los conturbaba y asombraba mucho, pudiéndose esperar, sino la total dispersion de la muchedumbre, al menos el que muchos se ahuyentasen, y el que los partidarios del xerife tuviesen lugar para declararse y venirse á él. Esta propuesta se desechó tambien por temor de cansar la caballería del campo, que por ser en tan corto número, era preciso reservarla para el mejor efecto. La noche se pasó con mas sosiego de que prometia tan presta cercanía del enemigo, y en amaneciendo comenzaron los aprestos para la pelea. Todavía inquieto el xerife por el fatal aspecto que tomaban las cosas, vino á D. Sebastian y le dijo, que puesto que su última resolucion era el pelear, que lo aplazara cuando solo quedaran tres ó cuatro horas del día, porque si, lo que Dios no quisiese, la suerte fuese adversa, era fácil salvar su persona entre la oscuridad de la noche, y que si el suceso fuese próspero, poco tiempo bastaria para intimidar á los moros, pues todos se le pasarían. A esto se dijo que en el campo iba mucho soldado allegadizo y forzado, que al abrigo de ser visto por la noche se desbandaria, abandonando la pelea, cuando de día haria su deber por temor de sus cabos y capitanes. Hubo quien propuso que se dejase clavada la artillería y abandonasen los carros para engañar al enemigo, y que erguazándose la ribera que corria por la izquierda, que por lo mas hondo no llevaba seis palmos de agua, se pusiese en salvo el campo y vuelta de la costa para encon-

trar la armada. Con grande enojo recibió este consejo el rey, exclamando lleno de noble dolor: *¡y mi honra!* Desoyendo en fin las advertencias del capitán Aldana, que con militar franqueza le dijo que iba á perderse, le mandó que marchase á disponer los escuadrones, y todo se dispuso para la pelea.

Llevaban la vanguardia los castellanos y los tudescos, estos el cuerno derecho y aquellos el siniestro tendida su manga de arcabuceros al mando de Luis de Godoy, yendo los arcabuceros italianos del capitán Hércules al lado de los tudescos. El centro de la vanguardia la llevaban los aventureros, que se señalaron en este día valerosamente. El cuerpo de batalla lo formaban los tercios de D. Miguel de Noroña y de Vasco Silveira, y á la retaguardia marchaban los tercios de Diego Sequeira, que por haber quedado en las galeras, lo mandaba D. Miguel de Loroño y el de Francisco Tabora. El cuerpo de batalla iba reforzado con cuatro compañías de arcabuceros, y la retaguardia ceñida con trescientos mosqueteros. Otros tantos iban batiendo el terreno de la vanguardia con doscientos caballos de armas, los fronterizos de Tanger y Ceuta, y doscientos ginetes del xerife. La demas gente de á caballo formaba dos escuadrones, el uno á la derecha, mandado por el duque de Aveiro, con muchos hidalgos y señores de su casa, y á la izquierda el otro, en donde estaba el estandarte real, el duque de Barcelos, niño de trece años, que quiso tomar parte en la jornada, el prior D. Antonio, pretensor despues á la corona de Portugal, acompañados de muchos de sus criados y vasallos. La artillería, que se componia de veinte y cuatro piezas, la mayor parte caminaba en la vanguardia con sus capitanes Pedro de Mezquita y Juan de Acuña, quedando en la retaguardia dos cañones. El rey, rodeado de sus títulos y grandes, asistido del embajador de Castilla y de algunos prelados, se dejaba ver animosamente entre la caballería de la izquierda, por donde amenazaba mayor morisma. El bagaje, los carros, las municiones y un buen tercio de gastadores caminaban á la derecha entre la caballería y los infantes, no con razonable espacio para dar abrigo á la caballería cuando tuviera que recogerse de las acometidas contrarias, inconveniente que despues se tocó. En esta forma bajó el ejército cristiano del montecillo en donde alojaba, al espacioso campo de Alcázar, caminando en buen orden, así para la marcha como para la pelea, la vuelta del rio Luccus, que se pretendia vadear. El Moluco, que no esperaba tal yerro de los cristianos de abandonar alojamiento tan fuerte, y como capitán entendido que era, cuidó de aprovecharse cuanto ántes de esta falta, y así dió la orden de levantar el campo y arremeter. Como era su costumbre, los moros venian figura de creciente ó media luna con cuernos muy prolongados, con grandes turbas de caballos en que eran muy superiores, en las puntas, y atronando el aire con sus lilíes y vocería. El Moluco además llevaba cerca de su persona un escuadron numeroso de gente escogida y diestra, y cercado de sus alcaides, y precedido de muchas banderas, tamborcillos, añafles y otros instrumentos bárbaros, y de algunos moravitos, que con grandes alaridos incitaban á la pelea, y recitaban sus altacabiras, amparado de los rayos ardientes del sol en un pabellon de brocado y oro, fué discutiendo entre los alarbes, denostando á su sobrino el xerife por traer cristianos á Berberia, recordándoles sus glorias pasadas; y por mas asegurarse del ánimo de los andaluces y elches, les gritaba que el objeto principal de don Sebastian era castigar en ellos su apostasía y mahometismo. En tanto D. Sebastian animaba á los suyos, revestido con unas armas negras, y poniendo orden en toda cosa, y mandando enarbolar un crucifijo por uno de los ecle-

siásticos que en el campo venian, dió el Santiago y arremetió. Las piezas de artillería de Moluco, que en número de veinte y dos se ocultaban entre la maleza de un montecillo, comenzaron á jugar llevándose las primeras balas varias hileras de soldados nobles y de cuenta. Ya á esta hora los cuernos de la media luna que formaba la chusma morisca se habian juntado, y comenzó á pelearse por la retaguardia primeramente, lo que unido al destrozo hecho por las bombardas, conturbó á muchos de los soldados visos de tal modo, que desordenados y en remolino, hubo compañía que no recuperó su formación. La voz de Santiago repetida por los coroneles y los capitanes, partieron con paso tirado al frente de sus compañías y tercios al enemigo, sufriendo no poco daño de la artillería que contra ellos jugaba. El tercio de aventureros portugueses y castellanos comenzó á caminar con gran furia, y disparada su arcabucería, y recibiendo la rociada de los arcabuceros contrarios, que se hallaban sin piqueros que los abrigasen, cerraron con ellos con tal ímpetu, que los desordenaron; y haciendo en ellos gran carnicería los arrancaron á la fuga, cuyo desbarate visto por los moros de á caballo, siguieron la huida. El Moluco, que acertó á estar por aquella parte llevado en su litera, viendo la rota de los suyos montó á caballo, queriendo morir ó volver los suyos á la pelea; y viéndolos huir alzó el alfange para herir en los cristianos, y hallar la muerte ántes que ella le buscasse; y en aquel punto, ahogado de la rabia y el despecho, y vencido de las ansias de la enfermedad que le atormentaba, cayó muerto miserablemente, llevando el dedo sobre los labios, dando á entender así que en el silencio de su muerte estaba la victoria. Los que le rodeaban lo entraron en la litera con un elche, mancebo llamado Almanzor, que cumplió tan bien el encargo del Moluco, que prosiguió dando órdenes para la batalla como si las recibiese de su rey. El espanto de los moros fué tal, que llegaron muchos fugitivos á Fez y aun mas allá con la nueva del vencimiento de los cristianos, no faltando quien por el campo gritase victoria, victoria, y que pregonara la muerte del moluco. Mas la confusion era tan grande, y en la retaguardia y cuerpo de batalla estrechaban tanto los moros, y los apuros eran tales, que estas alegres voces quedaron sin efecto. Tampoco la caballería del duque de Aveiro acudió á dar calor á los aventureros; porque al principiar la batalla les encargó el rey que no se moviesen sin orden suya, de manera que dejaron pasar una feliz coyuntura, que pudo haber decidido la suerte de la jornada. Los aventureros siguieron avanzando con tan extraño valor, que apoderándose de la artillería del Moluco, llegaron tan cerca de su litera, que de cinco pendones verdes que junto allí habia, los portugueses tomaron dos. En este punto un Pero Lopez que sargenteaba en las primeras hileras del escuadron, bien porque quisiese ordenar las que confundidamente iban marchando, ó segun otros para dar ayuda á un capitan su amigo que se miraba en el mas amargo trance por dos ó tres alarbes, comenzó á gritar ¡alto! atravesando su pica por la primera fila. Los aventureros, que no por ser valerosos en extremo eran muy experimentados, al oír estas ó semejantes voces, se repararon y comenzaron á retirar, no con la debida ordenanza; y ya perdido el ímpetu primero comenzaron á echar de ver sus propias heridas y la confusion que por todas partes se dejaba ver, que á haber ellos seguido con el furor primero, y llegando á la litera del Moluco, le cortaran la cabeza y la enarbolaran en una pica para conocimiento de los suyos, no hay duda sinó que los moros se hubieran huido ó pasado al xerife, completándose la derrota. De tan pequeñas causas pende la fortuna de las batallas, y de tan leve ocasion produjo tanto mal aquel hombre desventurado.

Las bandas de caballos de los moros, que por ser tantos no todos tuvieron lugar de huir, viendo que sus peones volvian á hacer rostro, revolvieron sobre los aventureros que se retiraban, y los trajeron en desorden hasta en medio de la batalla.

En esta sazón el duque de Aveiro, que aguardando la orden del rey no se movia de su lugar, viendo los moros tan cerca, que casi los tocaba con la lanza, irritado por algunos caballeros que bramaban viendo la insolencia de los moros, dió el Santiago, y arremetió tan fuerte, que metiéndosele la lanza por una de las muchas grietas que la tierra abría, entró tan adentro, que no fué posible cobrarla, con lo cual, metiendo mano á la espada, se entró el duque por los escuadrones enemigos, adonde habia hecho meter su guion, llevado por un mancebo harto arriscado, llamado Vasconcelos. D. Duarte de Meneses, que se encontraba á la banda del duque algo apartado, tambien cargó con los fronteros de Tánger que le seguian: y el xerife, que cerca de allí estaba, hizo lo mismo con su propia gente, y entrando por los moros hicieron tal estrago y carnicería, que poniéndolos en huida comenzó de nuevo á aparecer la victoria por parte de los cristianos. En este punto llegó un hidalgo del rey, y le dijo que los moros tenían ya casi presa la artillería: y el monarca acompañado de muchos caballeros y gente de cuenta, se lanzó por entre los moros, que peleaban sobre la artillería, con tanto corage, que les hizo soltar lo que ya tenían ganado, haciendo despues el rey con los que le seguian y otros hidalgos que se le juntaron, varias entradas en los muros. Pero poco efecto y resultado muy lastimoso habia de venir con tal desigualdad de fuerzas, pues aunque como campeones pelearon los dos mil caballos cristianos, ¿qué adelanto pudieran conseguir contra mas de cuarenta mil ginetes, que es el menor número que algunos conceden á los alárbes? Ello es que el de Aveiro, arrebatado por la corriente de tanta multitud enemiga, embistió forzosamente con los tudescos y les desordenó los piqueros; y preguntando por el rey, y no teniendo razón de su paradero, reunió otros hidalgos á los pocos que le habian quedado, y para no volver á parecer se encontró de nuevo por los moros lanceando y degollando. Los caballos del xerife, acosados tambien por los moros y no hallando plaza desembarazada por donde entrar al abrigo de los escuadrones cristianos dió tambien en el campo de batalla, desordenando y atropellando. El escuadron de aventureros, al dar la arremetida que casi puso la victoria en manos de los cristianos, habia perdido todos sus arcabuceros, pues adelantándose estos con el ardor de la pelea, quedaron anegados entre las olas de la morisma. Así pues, estos valerosos soldados estuvieron sirviendo de terrero y blanco á la numerosa arcabucería de á caballo que tenían los moros, dirigida por un renegado genovés llamado Lalaba, que fué de quien mas daño recibió el campo cristiano. Todo comenzó á ser ya confusión y desventura.

La multitud de árabes que se habian mantenido á la mira en las montañas, comenzaron á bajar para participar del triunfo, y el cerco en que se miraban encerrados los cristianos comenzó á estrecharse por todas partes. Los tercios portugueses del campo de batalla y de la retaguardia peleaban flojamente, como no formados de gente cogida y armada á la fuerza; y amontonados y descompuestos no se atrevian á salir al campo á dar ayuda á sus compañeros, por mas que con sus palabras y acciones los incitaran y alentasen sus coroneles y capitanes. El rey en este tiempo andaba por todas partes peleando personalmente, y como si en el valor de su brazo fíncase el remedio de tama-

ño mal. Por su propia mano había tomado dos banderas de los moros perdiendo otro caballo en la demanda, pues llevaba ya muertos en aquella hora otros dos. En aquel trance le ofreció otro caballo Jorge de Alburquerque, y acompañado de este hidalgo, de su inseparable Cristóbal de Tabora, del page de su guion, que en aquel día hizo maravillas, Jorge Tello, y de otros caballeros que acertaron á estar por aquel sitio, bien certificado de los últimos términos en que las cosas estaban, quiso tentar la postrer fortuna, antes por desdeñar la congojosa vida, que por presuponer alegres esperanzas. Entró, pues, por el apiñado escuadron mahometano haciendo gran riza y abriendo ancha calle, pues conociéndolo ya, se apartaban de ser blanco inmediato de sus iras. Aquí murió Juan Carvallo, que trayendo una lanza pasada por los pechos se encontró con su hijo Pedro Carvallo, heredero de su casa, tan bañado en sangre por dos cuchilladas que llevaba en la cabeza, que apenas era conocido; y abrazándose como en mútuo confortamiento, volvieron á la lid á morir en gloriosa compañía. En este último conflicto murieron muchos y buenos caballeros, que fuera prolijo referir; y los que aun vagaban con vida por el campo, peleaban aquí y allá sin orden ni concierto, peleando no ya por la victoria, sino para vender caras sus vidas. Allí murió D. Alonso de Aguilar, coronel de los castellanos, que mirando cuan forzosa era la retirada, siempre decia arremetiendo mas fuerte con los moros: «Nunca Dios quiera que vuelva atras la casa de Aguilar.» Tambien cayó el capitán Aldana, haciendo cosas de imortal memoria como buen soldado, D. Gonzalo Chacon, caballero castellano, el marques de Eterlin, que mandaba los italianos, y monsieur de Tamberg, gefe de los tudescos, con D. Juan, hijo del duque de Braganza, de la casa real, y cien y cien capitanes, caballeros y hombres principales. El rey conociendo bien tanta desventura despues de que le mataron otro caballo, iba acompañado de los pocos hidalgos que le quedaban, cuando se vieron todos cercados de crecidas bandas de ginetes enemigos. Entonces uno de los caballeros poniendo un lenzuelo sobre la punta de la espada, se avanzó á ellos diciéndoles que alli estaba el rey. Los moros respondieron que entregasen las armas lo primero, para tratar despues lo que convenia; lo que oido por el rey y retirando su brazo del conde de Vimioso, que le iba á recoger la espada huyendo de que algun moro se atreviese á llegar á su persona, se lanzó furioso contra la chusma, seguido de los pocos que le quedaban, que pelearon con desesperada osadía, viéndosele caer despues de rendido el caballo. Allí quedaron tendidos á su lado el conde de Vimioso y D. Cristóbal Tabora, que murió tan cerca de él como había vivido.

El rey xerife, considerando la desventura del campo, y no viendo medio alguno, se desmandó de la batalla, buscando salvacion en la fuga, y con su caballo se arrojó al rio Muhacen para atravesarle. El rio iba hinchado con la plea mar que rebosaba del rio Lixus ó Luccus, y en medio de la corriente ladeándose el caballo, lo cogió bajo de sí y lo ahogó. Las mayores tragedias se representaban en tanto en el campo: los moros, que al principio de la brieda habían huido, vueltos cuando la suerte era ya segura, vengaban en los rendidos y cansados el temor que les infundieran cuando armados y bríosos y en todas partes dejaban larga matanza y carnicería. Otros mas codiciosos que vengativos desbalijaban el bagaje, repartiéndose bárbaramente la ganancia, dividiendo y rompiendo en partes lo que de tal modo ningun útil ni provecho podia servir. Muchos que escapados de los azares del combate contaban, aunque en mísero cautiverio, con la vida, se miraban

privados de este último bien, por la atroz codicia de un alarbe, que matando desde luego, pensaba ganar mas pronto los despojos de aquel infeliz. Algunos hollando en míseros pedazos ó en huesos mutilados los restos de sus cercanos parientes ó estrechos amigos, maldecian la cruel fortuna que les habia reservado para ofrecerles despues de tan trágico suceso. Todo era llanto, todo dolor. En aquel trance fué hallado por dos alarbes el tierno duque de Barcelos, que comenzaron á despojarle cruelmente. Llegando en esto un moro azuago mas entendido, y echando de ver la calidad del infante por su continente señorial y ricos arreos, se los arrancó del mejor modo que supo. Uno de los alarbes, ofendido del despojo, alzó el alfange para hendir de un solo golpe al tierno duque. El azuago, previniendo el bárbaro intento interpuso su arcabuz, que aunque de gran reparo, no fué para estorbar que con algo de la cuchilla alcanzase el alfange á la gentil cabeza, de donde brotó largo raudal de sangre. El duque fué presentado en este estado á Muley Amet, que ya habia sido declarado sucesor del Moluco, quien lo recibió como á su alta clase correspondia, mandándole aposentar convenientemente, y que se le diese para el camino una litera que se encontró á dicha en el campo, y que habia sido del Silva de Silveira.

De todo aquel gran campo y numerosos escuadrones solo se salvaron unos sesenta cristianos, que por ser fronterizos en Tánger eran prácticos en aquellas tierras, y lograron atravesar hasta allá cuando los moros, al hambre del saco, deshicieron el ancho cerco con que rodeaban á los cristianos. Los muertos de los cristianos pasaron de once mil, y el resto fué de cautivos, aunque de ellos murieron muchos de las heridas despues en Fez y en Marruecos, y de los moros murieron pasados de diez y ocho mil.

Un page del rey llamado Resende, pasando á dicha por cierta parte del campo, reconoció el cadáver de su infeliz amo, ya del todo desnudo. Señalando bien el sitio, vino y lo dijo á los nobles y caballeros de la casa del rey, que tenia el xerife Amet en su tienda como cautivos, lo que llegado á entender se dió orden para traerlo. El page se despojó de su camisa para cubrir el cadáver del rey, que puesto á la traviesa de un caballo y sostenido por un moro fué conducido á la tienda del xerife, que lo hizo reconocer por todos sus cautivos. El rey mostraba dos principales heridas en su cuerpo; una de bala de arcabuz al soslayo en el costado, y otra de alfange sobre la ceja derecha, que mostraba ser la que le arrancara la vida. Los cautivos le besaron los pies con grandes llantos y sollozos, y el xerife lo mandó enterrar en Alcázar, de donde despues fué exhumado para entregarle al rey D. Felipe II poco tiempo despues, quien lo mandó conducir á la iglesia de Belen cerca de Lisboa.

Se ha querido decir que el D. Sebastian no murió en la batalla, y que salió de ella, y se retiró á un desierto á llorar sus culpas y sus desgracias. El fundamento que hubo para fábula tan acreditada fué el siguiente: De los pocos que se salvaron llegaron aquella noche en las puertas de Arcila cuatro ó seis mancebos. Los centinelas no habian de abrirles sin que llegase la mañana, y entónces los fugitivos, temiendo que eran perseguidos alegaron venir allí el rey D. Sebastian. Abriéronse entónces las puertas mandando el gobernador encender algunas antorchas; y acaso por no ser conocido de algunos de los hidalgos que allí venian, ó por sonrojo de haber sobrevivido á sus compañeros, se caló el embozo sobre los ojos y desapareció por las calles de la ciudad.

Tal fin tuvo la jornada de Africa, y tal la suerte de la batalla de Alcázar. Nos hemos detenido en su relacion por ser un suceso que puede llamarse doméstico, y para que los errores allí cometidos sirvan de advertencia saludable en los eventos que puedan presentarse de llevar nuestras armas á aquel pais, cuya civilizacion ha de ser empresa que tarde ó temprano ha de correr á cargo de nuestra Península. La mala calidad de las tropas, la precipitacion en llevar á cabo cosa que necesita gran madurez y estudio, el tiempo que se perdió en Cádiz y Arcila; la tenacidad de D. Sebastiau en no dar oídos á los consejos y advertencias de los capitanes mas famosos de aquel tiempo, y de los prácticos de la tierra y de aquella clase de guerra, la imprevision en no acordar y medir los acontecimientos necesarios para la duracion de la marcha hácia Larache, y la ceguedad, en fin, de desamparar para la batalla los alojamientos tan fuertes que ocupaban los cristianos para pelear voluntariamente con grande desventaja, fueron las principales causas de aquella perdicion. El rey perdió el reino y la vida, y murió como caballero y como rey. Séale la tierra ligera, asi como su nombre goza de la fama de los héroes y del interes que inspira la fatalidad y la desgracia.

(El Herald.)

TEATROS.

CIRCO.—LA CALUMNIA, comedia en cinco actos, de Scribe, traducida por don Ventura de la Vega.—CRUZ.—LA SEÑORA ALBINA.

«Aciago dia, que comenzó por una injusticia y terminó con una mala comedia.» He aqui lo que decia en el *Diario de los Debates* en 1840 el célebre escritor Julio Janin aludiendo á la eleccion de Mr. Flourens en la academia francesa, y á *La Calumnia* de Scribe, representada por la vez primera al propio tiempo; y si no tuviésemos mas datos sobre la enconada parcialidad que en contra del fecundo autor mueve la pluma del que llaman en su pais «rey de los críticos», bastara esto para que no dudásemos un punto. Quizá ninguna causa irrepreensible influya en ella; tal vez sea su único motivo una de esas obcecaciones á que se halla sujeto el espíritu humano, y del que no se escluyen ni las mas elevadas inteligencias; sea como quiera, y respetando opinion de tanto peso, nosotros ni un instante vacilamos en decir que profesamos ampliamente la contraria, sin que nos hallemos dominados por ese respeto supersticioso que en España como en Europa se tributa al inimitable talento del primer poeta cómico del siglo. El mismo Julio Janin no se encuentra tampoco libre de semejante sentimiento de admiracion, habiéndolo demostrado en una ocasion reciente. Daba un baile en su casa el eminente crítico en celebridad de su matrimonio, y asistian á él casi todas las notabilidades literarias de Paris: notábase empero la falta de Scribe, que no fué invitado por la enemistad que existia entre él y el nuevo esposo. Acércose á este uno de esos adadores

rastreros que en ninguna parte faltan, y díjole en tono épigramático y burlesco. — ¿Por qué no habeis convidado á Scribe para que vuestra gloria fuese completa? — «Señor mio, repuso Janin con serenidad y nobleza; si él hubiese querido honrar mi casa, yo habria ido á recibirle con sombrero en mano hasta la calle, como pudiera hacer con el primer hombre de la tierra.»

Despues de pedir á nuestros lectores que perdonen esta breve digresion, pasemos ya á esponer los fundamentos en que estriba nuestro juicio acerca de *La Calumnia*. Tres son las condiciones esenciales que constituyen una buena comedia: su importancia filosófica, el interes de su accion y la moralidad de su corolario. Pero es preciso tambien que esa moralidad esté en el círculo de las ideas, de los principios y de las costumbres de nuestra sociedad; es menester que el vicio que se ataque, que la preocupacion que le anatematice, sean propios ó exclusivos de la edad en que vivimos. Tal cosa pudo ser una verdad social hace 20 años, que hoy sea una ridiculez inverosímil; porque los errores y los vicios que no arrancan del corazon humano, que tienen su asiento en la cabeza, que varian con el transcurso de los años, que se estinguen ó se modifican, esos pasan con la época de que fueron hijos, y desaparecen para siempre sin que ni siquiera despues se conciban. Tipos hay que serán eternamente exactos, como el *Avaro* y el *Hipócrita* de Moliere; pero es porque la índole de ciertas pasiones es inmutable; porque la codicia y la falsedad son unas mismas siempre, y en fin, porque ni el poder de la civilizacion ni el de los tiempos son bastantes para alterar la ciencia ni su fisonomía moral. Por el contrario, respóndasenos si la doña Irene de Moratin es el retrato de las madres de ahora, dígasenos si existe la tiranía maternal, y si no es cierto que á esta ha sustituido el despotismo de los hijos.

Por eso nosotros no nos limitamos á reclamar filosofía en una obra dramática, sinó que pedimos que sea aplicable á nuestra sociedad; no nos contentamos con que se defiendan esos intereses que son patrimonio de todos los pueblos, sinó que exigimos que se consideren los que pertenecen exclusivamente á la edad en que vivimos; en suma, nosotros deseamos actualidad en el mal que se pretende curar, y en el remedio que se imagine para él.

Ateniéndonos solamente á este sistema, guiándonos por semejantes principios, ya tendríamos bastante para calificar de excelente la comedia que examinamos. ¡La calumnia! ¿Hay arma mas grande en la depravacion presente, hay poder ménos deleznable que el suyo, ni influjo que á tanto alcance, así en la vida política como en la doméstica? Escójase á un hombre público por blanco de los despiadados ataques del periodismo ó de la maledicencia; acusésele sin razon y sin fundamento de una falta imaginaria; insístase todos los dias sobre lo mismo; y por mas que la razon individual y la conciencia pública rechacen aquel absurdo, irá germinando lentamente la duda, irá introduciéndose poco á poco la sospecha, y llegará un dia en que las convicciones mas fuertes vacilarán; en que la incredulidad comenzará á rendirse; en que la fe principiará á entibiarse. Razon tenia Maquiavelo en sus horribles máximas: «¡Calumnia, que algo queda!»

Nada es tan comun por desgracia como acudir á ese medio inicuo para alcanzar los fines que cada cual se propone. ¿Se quiere hacer la oposicion á un ministro? Se inventa una especie infamante, y se cuida primero de decirla al oido de todos para difundirla despues por medio de los periódicos. ¿Se desea vengarse de la muger que pagó con su desprecio una pasion mal fingida? No hay mas que atribuir esto á una pasion deshonrosa; que explicarlo con arreglo

á un plan diabólicamente concebido é impiamente consumado. ¿Qué importancia el deshonor ni la desventura de una familia respetable? ¿Qué importa que alguno de sus individuos sucumba bajo el peso de una acusacion espantosa? La sociedad es crédula, y necesita distraeciones al malestar que la aqueja; así hoy se ríen unos de la infamia que vierten á manos llenas sobre otros, para llorar mañana mientras los demas se mofan y se burlan de ellos. ¿Pero no hay un discernimiento, no hay una inteligencia individual que mida, que pese, que compare el fundamento, la verosimilitud, la posibilidad de la calumnia que se propala? ¡Oh! ¡Sí! Seguramente; cualquiera se convenceria á sí mismo primero y persuadiria despues á los demas, si quisiese tomarse el trabajo de discurrir un poco, si quisiese deducir lógicamente lo que se infiere de un hecho aislado, lo que se desprende de una asercion vaga é improbable. Pero para eso fuera menester emplear algun tiempo: necesitárase para eso renunciar á un deleite soberano, el de envilecer á otro, unas veces por placer, otras en represalias.

Entes hay en el mundo cuya vida se reasume en esto únicamente; hombres como mugeres que se dedican encarnizadamente y con un furor salvaje á entregar al vilipendio la reputacion de este, la fama de aquel, el honor del otro; cabanse en sus víctimas con una ferocidad estúpida, y cuando ven su obra de destruccion terminada, lloran como el cocodrilo sobre los mismos que han inmolado. A un chiste, á un epígrama se sacrifican las mas altas consideraciones; para disipar el fastidio, para animar la conversacion fráguese una historia cualquiera, que desarruga todos los rostros; que anima todos los ojos; que entreabre todos los labios con una sonrisa maligna. Y nadie piensa que allí mismo, algunos minutos despues le va á tocar tambien á cada cual su turno; que en cuanto vuelva la espalda, que en cuanto se aleje de pasos, aquellos propósitos que antes ha celebrado, aquellos dardos venenosos que él asestó contra alguno, se volverán contra él; que van á darle infamia por infamia, calumnia por calumnia! ¡En este punto, la sociedad es horribilmente justa; al mismo tiempo que á las víctimas condena á los verdugos!

Así el cuadro que ha pintado Mr. Scribe es admirable. ¿Qué talento de observacion en los detalles; qué intencion y que profundidad en el fin moral; qué verdad y qué exactitud en los caracteres! El protagonista de su comedia es un ministro, el cebo favorito de los calumniadores, como que la envidia le persigue sin misericordia, como que su alta posicion le pone mas en evidencia para que todos le dirijan sus tiros. Dotado de bastante talento para despreciar los ataques que se le prodigan, maestro en esa que se llama ciencia del mundo, prefiere á aquellos con quienes mas se ensaña la maledicencia y prosigue impávido su camino sin curarse de los elogios de este, de las amenazas del otro. ¿Habla mal de cualquiera? ¿Tiene enemigos? pues de seguro es hombre de mérito. Con arreglo á este principio, que digámoslo de pasada, no lo tenemos siempre por bueno, premia ó castiga, depone ó eleva, no cifra su satisfaccion en oír fervientes alabanzas ni se ve rodeado de aduladores: lo que codicia, lo que desea es el bien de su patria: su galardón lo cifra en la conciencia de haber cumplido sus deberes. Y sin embargo, parece que con tales sentimientos, con semejantes intenciones, habia de grangearse el respeto y la consideracion de sus mismos ofensores. ¡Error! en su propia familia, cuyas ambiciones no quiere satisfacer injustamente; en sus mas allegados deudos halla enemigos que le persiguen, que le infaman, que le denuestran.

La hermana de sir Roberto (el ministro) está casada con un banquero, y

pretende para él el ministerio de Hacienda, á la sazón vacante; niégase á semejante solicitud aquel, por no premiar en su cuñado la ineptitud; y desde entónces la ambiciosa muger hace causa comun con los émulos ó los contrarios de su hermano; asóciase á sus intrigas; acoge y propala los rumores que contra él se inventan; y para herirle mas certeramente, hiere á las personas que él aprecia. Con tal refuerzo desencadenanse las mas horribles calumnias: sir Roberto se ve acusado de mal padre; de hombre inmoral y vicioso; de seductor de una jóven, de quien es tutor y que se halla á punto de casarse con un personage distinguido, el que temeroso con exceso del *que dirán*, retira su palabra en cuanto oye formular aquel ataque contra la que ama. El resultado de todo esto es que sir Roberto se ve en la precision de tomar por esposa á la pupila para justificarla á los ojos del mundo; que ántes tiene que batirse, recibiendo una leve herida, y por último, que entónces aquel enlace, debido á su generosidad, á su nobleza, se atribuye á miras interesadas suponiendo á la jóven riquísima, cuando era tan desvalida como pobre.

Este es en resúmen el plan de la comedia, y nuestros lectores pueden colegir el partido que el talento de Scribe habrá sacado de tan escelente asunto. Hay ocasiones en que es preciso renunciar á la análisis, porque daría una idea pálida, imperfecta, escasa del mérito de ciertas palabras. El deber entonces de la crítica es señalar meramente sus bellezas á la conciencia pública, y dejar que esta misma haga las deducciones naturales. ¿Cómo si no acertáramos á ponderar la habilidad con que está la acción desenvuelta; el interés que crece gradualmente; las sales que brillan á cada instante en el diálogo; la inimitable verdad de todos y de cada uno de los caracteres?

La Calumnia no era nueva en los teatros de Madrid; representóse en el coliseo de la Cruz el año de 1841, con éxito no muy brillante; el que ha alcanzado ahora en el Circo ha sido mucho mas satisfactorio. Verdad es, que la traducción es diferente y debida la que juzgamos en este artículo á la pluma del Sr. Vega. Despues de dicho esto, escusáramos añadir que es escelente, si no tuviéramos que dirigirle una ligera reconvencion. ¿Por cuál motivo ha variado la época y el pais del original frances? Sin duda para que las dos versiones se diferenciassen en esto; ¿cómo si los trabajos del Sr. Vega se confundiesen con otros! Ha resultado de semejante alteracion, que las costumbres que se retratan no son propias del tiempo que se las supone, ni tampoco del carácter ingles: Scribe pintó la sociedad de su patria y no la de la Gran-Bretaña que tanto difiere por cierto de aquella. La actualidad ademas de los personajes choca y contrasta con los trages y con los nombres que llevan; hasta los chistes, hasta los rasgos epigramáticos que tanto abundan en la comedia, tienen el sello peculiar de nuestro siglo; últimamente, las alusiones pertenecen asimismo de lleno á este.

La ejecución fué buena en general: la señora Valero hizo interesante el papel de Cecilia: la señora Yañez dió la intencion conveniente al suyo: una advertencia queremos dirigir á esta graciosa artista; que no hable nunca con el público, sinó con los demas interlocutores; defecto que es muy comun en los actores de provincia, y que puede corregirse con facilidad. ¿Necesitamos decir que la Sra. Llorente se mostró tan celosa y eminente actriz como siempre?

Los Sres. Valero y Arjona arrancaron infinitos aplausos: el primero caracterizó admirablemente al ministro y en mas de una ocasion se remontó á gran altura. El segundo en el papel del banquero hizo alarde de su inteligencia, de su flexibilidad y de su concienzudo estudio. No tenia donde brillar demasiado

el Sr. Cernadas, pero dijo su parte con dignidad, con buen tono y con inteligencia. Mucho debe trabajar el Sr. Revilla para corregirse del amaneramiento, de la monotonía que oscurece algunas de sus buenas cualidades. La pasión, la dote mas relevante de los artistas, la que disimula los mayores defectos, es precisamente la que echamos de menos en este jóven: el que no la siente, debe aprender á fingirla; para eso sirve el arte, ese es su gran secreto. No á todos les es dado como á Matilde Diez verter lágrimas verdaderas; sufrir cuando el personaje que representa sufre, identificándose completamente con las situaciones dramáticas; pero Mile. Clairon, la célebre trágica del siglo pasado, despues de hacer temblar al público con el furor de *Hermione*, con el amor de *Fedra*, con la desesperacion de *Emilia*, reíase á carcajadas entre bastidores del efecto que habia producido. La naturaleza ó el arte: he ahí dos elementos de igual poder en el teatro.

Los teatros *principales* no han dado muestras de vida en toda la semana; sigue representándose el drama del Sr. Asquerino. entre los aplausos y las ovaciones populares, solo que ahora se ha trasladado la arena de estos triunfos al Príncipe. *García del Castañar*, *La vida es sueño*, no han logrado ni una entrada regular siquiera. ¡Cuántas dolorosísimas reflexiones sugiere esta indiferencia! Las obras maestras de Calderon y de Rojas se representan en el silencio y en la soledad mas completos!

Parece que la compañía lírica de los mismos teatros renace como el Fénix, gracias á una prima donna que llenará el hueco de la Sra. Rocca, y la cual es la Sra. Albini, la misma que hizo las delicias de esta corte por los años de 1828 y 29. La generacion actual solo la recuerda tradicionalmente, por haber oido á los que eran jóvenes en aquel tiempo comparar con desden á las cantatrices que la sucedieron con la hermosa artista que encendia tan volcánicas pasiones. La *Semirámis* y la Albini son dos cosas que no olvidarán nunca nuestros padres, como no sea acordándose de la Lorenza Correa y de Mari, á quienes oyeron en sus mocedades. Nosotros aguardamos impacientes la salida de la célebre prima donna, para ver si conserva su belleza juvenil y su innegable mérito.

(Heraldo.)

POESÍA DEVOTA.

A TODOS LOS SANTOS.

Celestes moradores:

Que á Dios gozais de diferentes modos,
Escuchad mis gemidos y clamores,
Que de mi ciega noche en los rigores,
A todos llamo y necesito á todos..

Angeles soberanos:

Que el Hosonna. entonais con dulce acento;
Potestades de Dios; tronos ufanos;
Virtudes que alentais á los humanos;
Dominaciones que brillais sin cuento:

Serafines hermosos;

Querubines de amor; coro inefable

De los demás espíritus gloriosos,
Orad todos por mí, pedid piadosos
Por el mortal que os ruega miserable.

Patriarcas eminentes,
Que acaudillando pueblos y regiones
Fuisteis de Dios lumbreras refulgentes;
Profetas que anunciaisteis á las gentes
El soberano Dios de las naciones:

Apóstoles sagrados,
Que su fe dilatasteis por el suelo;
Evangelistas del Señor preciados;
Discípulos de Cristo idolatrados,
Rogad todos por mí, rogad al cielo.

Víctimas inocentes,
Que con la palma y el laurel jugando,
Al martirio rendisteis vuestras frentes,
Muriendo cual corderos obedientes,
El puñal del verdugo acariciando:

Niños que pío adoro,
Angeles en la tierra, ángeles bellos
Segunda vez en el celeste coro,
Oid los ecos de mi triste lloro,
Oidlos ay! y consoladme en ellos.

Aletas admirables
De la fe del Señor, mártires santos
Que en el cielo brillais innumerables;
Pontífices de Cristo venerables
Del Verbo confesores sacrosantos;
Doctores elocuentes;
Augustos sacerdotes y levitas;
Hermitaños y monges penitentes;
Mediad todos por mí, mediad fervientes
Ante el Dios de bondades infinitas.

Purísimas doncellas,
Que en la tierra cual ángeles viviendo,
El virginal rubor guardásteis bellas,
Y hoy, señalando sobre el sol las huellas,
Me mirais inocentes sonriendo;

Santos y santas todas
Que ante el trono de Dios omnipotente
Cantais su nombre en eternas odas,
Y del divino amor las dulces bodas
Renovais sin cesar alegremente;

Celestes moradores
Que á Dios gozais de diferentes modos,
Oid todos mi llanto y mis clamores,
Que de mi ciega noche en los rigores
A todos llamo y necesito á todos.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

F. Guasp editor.—Imprenta nacional.